



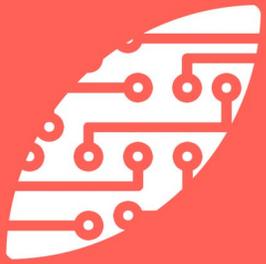
ESPEJO HUMEANTE

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN. AÑO 2. NÚMERO 4, OCTUBRE, 2019.

Ecoterror



EDITORIAL SOLARIS



ESPEJO HUMEANTE

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN. AÑO 2. NÚMERO 4, OCTUBRE, 2019.

Ecoterror

ESPEJO HUMEANTE

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN.

AÑO 2. NÚMERO 4. 2019.

Fundador

Zacarías Zurita Sepúlveda

Coordinador Editorial

Rafael Tiburcio García

Consejo Editorial

Miguel Angel de la Cruz Reyes

Silvia Alejandra Fernandez

Eduardo Hennings

Miguel Ángel Lara Reyes

Zacarías Zurita Sepúlveda.

Felipe Huerta Hernández

Contacto

Facebook y Twitter: @EspejoHumeanteR
issuu.com/espejohumeanterevista
espejohumeanterevista@gmail.com

Ilustraciones: Haeckel, Ernst (1900).
© Kurt Stueber, 2007. www.BioLib.de

Aviso legal

La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual correspondientes a los contenidos publicados en *Espejo Humeante*, así como la titularidad de derechos de los mismos, pertenece a sus respectivos autores. La responsabilidad de los contenidos y opiniones expresadas por los colaboradores en sus textos pertenece a ellos y no representan necesariamente la opinión de la revista. *Espejo Humeante* no asume ninguna responsabilidad por los daños y perjuicios resultantes o que tengan conexión con el empleo de los contenidos de esta publicación. El contenido de esta revista puede ser publicado con el permiso de los editores. Si desea publicar algo de nuestro contenido por favor escribanos a: espejohumeanterevista@gmail.com

Distribución digital: Editorial Solaris

Facebook: @editorial.solaris.54

ÍNDICE #4

PRESENTACIÓN

03 ▶ Felipe Huerta Hernández

ENSAYO

05 ▶ El amanecer de la Tierra

Breigner Steiner Torres y Víctor Parra Avellaneda

AUTOR INVITADO

21 ▶ Tres cuentos

Edgar Omar Avilés

ENTREVISTA

29 ▶ Donde el futuro nunca llegó

Entrevista a Vladimir Rivera Órdenes

Zacarías Zurita Sepúlveda

RELATOS

11 ▶ Carta para Peterson

Rafael Tiburcio García

17 ▶ Langostas

Sergio Gaut vel Hartman

26 ▶ Lago Rojo

Mario Humberto López Araiza

32 ▶ La playa

José Luis Díaz Marcos

37 ▶ ¿Qué más puedes hacer?

Gonzalo del Rosario

41 ▶ El séptimo círculo

Alfredo Olmos Hernández

45 ▶ El puente

Silvia Alejandra Fernandez

49 ▶ Infierno

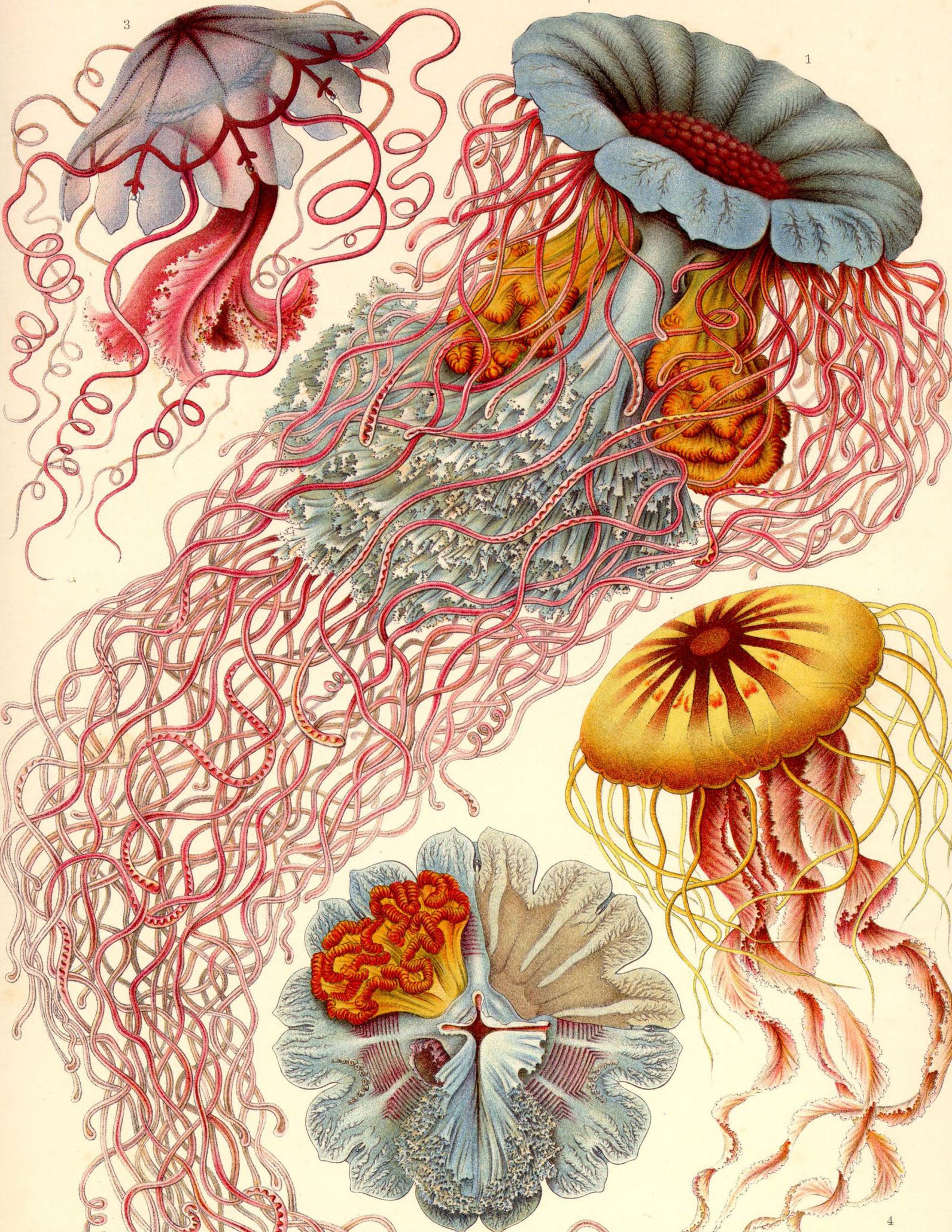
Servando Clemens

LIBROS

52 ▶ *Chernóbil* de Iliana Olmedo

3

1



2

4

PRESENTACIÓN

FELIPE HUERTA HERNÁNDEZ

Una de las inquietudes del ser humano siempre ha sido saber cómo terminará su vida en particular y, de manera extensiva, cuál será el destino de la raza humana. La ciencia ficción, al ser literatura de anticipación, se ha preocupado por esos mismos temas de manera recurrente.

Las consecuencias de la actividad humana para los tiempos que corren, como nos muestran día a día los medios, no son halagadoras. Estas narrativas que nos llevan a temer lo que sucederá con nosotros y nuestra especie se inscriben en una categoría de relatos de anticipación denominada *ecoterror*, una suerte de entretenimiento morboso que se aprovecha y hasta capitaliza nuestras preocupaciones por el apocalipsis.

Existe un sinnúmero de formas de *ecoterror*, desde las películas de desastres hasta los relatos postapocalípticos, pero, la ficción especulativa también ha tratado de encontrar soluciones para presentarnos futuros luminosos con subgéneros como el *solarpunk*, que en sus intenciones y esencia regresa a las visiones más optimistas de la ciencia ficción anterior a la postguerra.

Los textos seleccionados para este número exploran las actitudes indiferentes o autodestructivas de los individuos, la sociedad y los sistemas políticos y económicos, con talentos y registros que abarcan lo humorístico, lo irónico, lo cínico o lo abiertamente pesimista; todos ellos acompañados por las detalladas litografías del libro *Formas artísticas de la naturaleza* (1904), del filósofo y naturalista alemán Ernst Haeckel.

Esperamos disfruten este número en el que celebramos nuestro primer aniversario. ▸



EL AMANECEER DE LA TIERRA

BREIGNER STEINER TORRES JIMÉNEZ
VÍCTOR ANDRÉS PARRA AVELLANEDA

El 21 de diciembre de 1968 despegó la misión Apolo 8, llevando por primera vez a la humanidad fuera de la Tierra con destino hacia otro cuerpo celeste. Su tripulación fue la primera en orbitar la Luna y ver su cara oculta. Uno de los miembros de la tripulación, William Anders, fue el encargado de tomar las fotografías, entre ellas, una que se volvió icónica y que marcó un antes y un después en nuestra forma de ver el mundo. *El amanecer de la Tierra*, como se le tituló, tuvo un gran impacto cuando fue presentada ante el público. Las personas que pudieron verla se dieron cuenta de que el planeta, flotando ante el vacío del cosmos, era lo único que tenían, sentando así las bases de un despertar social para preservar la biósfera.

Aquel día pudo verse lo que estuvo invisible por tanto tiempo: las columnas de humo industrial, el smog sobre las ciudades y muchas otras cosas. La fotografía de Anders vio nacer movimientos relevantes como *Greenpeace* y la celebración del primer *Día de la Tierra* (el 22 de abril de 1970), que resultó en una de las mayores movilizaciones populares en la capital estadounidense por una causa en la Historia moderna.

Con el tiempo, la noción del cambio climático tomó fuerza y científicos de todo el mundo comenzaron a estudiarlo con seriedad. Uno de los fenómenos más intrincados es el efecto invernadero, responsable de que la radiación proveniente del Sol quede retenida por los diversos gases que componen la atmósfera. Los principales de estos gases son: el vapor de agua, el dióxido de carbono, el metano y los óxidos de nitrógeno. El efecto invernadero es necesario para la subsistencia de la vida, pero su alteración, con el aumento de los gases antes mencionados provoca que la temperatura planetaria se incremente paulatinamente, lo que redundará en un cambio climático.

Sin embargo, no es la primera vez que ocurre una alteración en el clima global. Es necesario saber que no todo cambio climático en la Tierra se da por emisiones de gases y vapores tóxicos. A veces este se da por fenómenos naturales. A raíz de numerosos estudios, el ingeniero y matemático serbio Milutin Milankovitch determinó que nuestro planeta no tiene una órbita ni una rotación uniformes, sino que hay varios movimientos y trayectorias que sigue en su viaje alrededor del Sol. Se presentan también variaciones en la excentricidad de

la órbita, inversiones del campo geomagnético registradas en materiales ferromagnéticos; y en la precesión, donde la orientación del eje terrestre cambia, en un movimiento similar al de una peonza al terminar su giro. Se forman así ciclos que pueden durar cientos de miles de años, provocando periodos glaciares e interglaciares.

Los ciclos de Milankovitch son inevitables. Sin embargo, este modelo no tomaba en cuenta, cuando fue postulado a principios del siglo XX, los eventos no astronómicos, tales como el impacto de asteroides y la actividad antropogénica. En la actualidad el modelo de Milankovitch considera estas dos últimas variables.

Existen eventos climáticos cuyo estudio puede anticipar el escenario que podríamos enfrentar de seguir propiciando el cambio climático. Por ejemplo, hace unos 55 millones de años, durante el período terciario, el planeta Tierra presentaba temperaturas con hasta 6° C sobre el promedio global actual. Volcanes y géiseres poblaban la superficie terrestre, liberando miles de millones de toneladas de dióxido de carbono (CO₂) y metano (CH₄) a la atmósfera durante un periodo de alrededor de 10 mil años que tardaría otros 200 mil para recuperar los niveles atmosféricos anteriores a dicho evento. El análisis de sedimento volcánico de este período y sus niveles de argón nos permite saber que la emisión de estos gases provocó que el aire y el agua del planeta se hicieran ácidos. Tales condiciones generaron un evento masivo de extinción de diversas especies. Ese aire, debido a la actividad geológica mencionada, hubiera sido igualmente letal

para las especies que hoy pueblan el mundo.

Otro de los eventos climáticos terrestres estudiados y cercanos a la era actual es el periodo cálido medieval, caracterizado por un aumento de la temperatura global a lo largo de los siglos VIII y XIV. En tal intervalo, fueron registradas numerosas sequías y nevadas hostiles que provocaron inundaciones y destrucciones de cultivos.

Estos cambios climáticos a lo largo de su historia no le restan responsabilidad a nuestra especie sobre lo que le ocurre al mundo en materia ambiental, principalmente porque los eventos citados se desarrollaron a lo largo de miles de años y no en un par de siglos, como es el caso actual.

Venus suele ser otro ejemplo del escenario que tendría la Tierra de seguir aumentando el efecto invernadero y las emisiones de carbono, con una atmósfera compuesta por CO₂ en un 97 por ciento y una temperatura de 474° C; además, su presión atmosférica es 90 veces mayor que la terrestre. Parece un panorama lejano, sin embargo Venus es un planeta con dimensiones similares a las de la Tierra y algunas simulaciones de la NASA han explorado la posibilidad de que hace 2 900 millones de años pudo ser habitable, teniendo una temperatura promedio de 11° C. Un aspecto curioso es que al avanzar hasta hace 715 millones de años en el clima venusino, la temperatura simulada aumentó alrededor de 4° C, cifra similar a la prevista para la Tierra en 2100.

Existen grupos políticos y empresariales que argumentan que todo esto es puro alarmismo, que la actividad humana es insignificante comparada con las emisiones volcánicas actuales, lo

cual no es cierto. Hoy la actividad industrial es responsable de liberar, de manera aterradora, igual o más niveles de CO₂ y metano mucho más rápido y con efectos más devastadores que las emisiones prehistóricas, los niveles correspondientes a la época medieval y la actividad volcánica actual combinados. Para darnos una idea, la emisión anual de CO₂ que liberan los volcanes es de entre 64 a 319 millones de toneladas. Sin embargo, y de forma contrastante, las emisiones de CO₂ por la quema de combustibles fósiles alcanzan los 29 mil millones de toneladas anuales. Lo que significa que la civilización está propiciando condiciones similares a las épocas climáticamente hostiles antes mencionadas. Lo anterior sin contar que al derretirse el permafrost, además de hundirse el suelo en esas zonas y provocar migraciones humanas, liberará grandes cantidades de dióxido de carbono y metano, dos de los principales gases precursores del efecto invernadero. Con ello se provocará un círculo vicioso en el cambio climático.

Otro de los problemas a considerar es la población humana que sigue un modelo de crecimiento que tiende hacia el alcance de un equilibrio o límite debido a la escasez de recursos y la interacción con otros individuos. Actualmente, el aumento de la población mundial se encuentra aún en la fase exponencial, con 7 350 millones de habitantes; y su densidad se encamina cada vez más hacia zonas urbanas que están acabando con los espacios silvestres para ser sustituidos por zonas agrícolas, habitables o destinadas a sectores industriales. Todo en una cadena que da paso a la destrucción de ecosistemas enteros y a la grave modificación

de las distintas cadenas alimentarias.

Dentro del sector primario y secundario de los medios de producción, los más contaminantes son el agropecuario y el ganadero que consumen y desperdician más del 70% del agua disponible para el uso humano, a lo que hay que agregar la contaminación por uso de sustancias químicas como fertilizantes y pesticidas responsables del empobrecimiento del suelo y el desplazamiento y transformación de zonas forestales; las industrias textiles; la de extracción de hidrocarburos, en la que las plataformas petroleras en medio del océano han ocasionado numerosos derrames de crudo cuyas secuelas ecológicas persisten en la actualidad, así como las técnicas de extracción de gas, tales como el fracking que elevan el riesgo de contaminación de los mantos acuíferos del subsuelo; la industria petroquímica y minera, que producen desechos tóxicos como cianuros de sodio, sólidos suspendidos y partículas de polvo derivados de procesos de extracción que afectan las vías respiratorias, y descargas de sustancias ácidas en afluentes como ríos, lagos y mares.

Derivado del sector terciario, está el caso de los desechos plásticos; a nivel macroscópico se acumulan en el ambiente y para degradarse pueden tardar de cien a mil años. Además de las gigantescas islas de basura plástica que recorren los océanos del mundo. Debido a la sensibilidad térmica de este material, se desprenden partículas microscópicas que se acumulan en los organismos vivos, generando alteraciones fisiológicas de tipo hormonal, pues interfieren con procesos bioquímicos a nivel celular y poseen compuestos cancerígenos, que disminuyen

significativamente la esperanza y calidad de vida.

El avance tecnológico podría ser algo bueno en principio: mejores tecnologías están buscando acomodarse en un modelo más sostenible; sin embargo, siguen entrando en el bucle de la obsolescencia: cada vez que un equipo nuevo es lanzado al mercado, los modelos anteriores son desechados. Podemos darnos cuenta de cómo las catástrofes ambientales también pueden ser desencadenadas por fenómenos culturales: la tala de árboles, la contaminación por aparatos tecnológicos y el aumento de consumo energético se ven afectados por tendencias como la impresión de libros y revistas, los desechos de gadgets y el uso de internet. Incluso la actividad en línea o el envío de archivos cada vez más grandes contribuye a la contaminación, en este caso, por la creación de equipos cada vez más sofisticados y producidos en mayor número para satisfacer una cada vez más creciente demanda.

Lamentablemente la mayoría de estos desechos todavía no son manejados correctamente en cuanto a reciclaje se refiere, lo que termina en gigantescos cementerios de artefactos electrónicos, desde teléfonos, computadoras y autos, hasta buques abandonados, los cuales son responsables de serios problemas de contaminación en países en vías de desarrollo del sudeste asiático y lugares como Bangladesh, eso sin tomar en cuenta que muchos desechos tecnológicos, sobre todo baterías, son altamente contaminantes y terminan mezclados con la basura común.

La sociedad debe cambiar su mentalidad por una más holística y humilde, objetiva respecto

a las dinámicas de su consumo y exigir a sus gobiernos tomar acciones al respecto. Debe ver el indiscriminado consumo de recursos a niveles excesivos y dañinos; la avaricia y la corrupción de gobiernos, empresas y personas que, en afán de dinero y poder, destruyen el ecosistema. No son raros los ejemplos donde las evidencias del cambio climático son cuestionadas y rebajadas a burlas por mandatarios que anteponen sus creencias e intereses hasta extremos cuestionables, como la expansión de la industria del carbón en China y Estados Unidos, evadiendo las restricciones impuestas sobre esta actividad; o incluso, pronunciando alegatos de conspiraciones económicas, como lo hizo Donald Trump refiriéndose al cambio climático como un concepto creado por y para los chinos con el fin de hacer que la manufactura estadounidense no sea competitiva.

La gente tiene que ver, por ejemplo, el derrame de ácido de compañías mineras en el Mar de Cortés, los derrames de petróleo en el Golfo de México y los incendios en el Amazonas, a la par de la minería ilegal auspiciada por el régimen venezolano en el mismo sitio. Tiene que recordar los desastres nucleares de Kyshtym, Chernóbil y Fukushima; las más de 400 pruebas nucleares que la URSS efectuó en el polígono de Semipalatinsk, las 1 054 pruebas realizadas por el gobierno de los Estados Unidos en el desierto de Arizona, el Océano Pacífico y la estratósfera; no debe olvidar que este planeta, por el momento y por un plazo bastante largo, todavía es lo único que tenemos y necesita ser preservado.

La vida ha sido constante a través de las eras geológicas y las distintas extinciones en

masa, en las que han ocurrido fenómenos que superan rotundamente los efectos que hasta ahora la humanidad podría ejercer si se propusiera de manera consciente destruir el planeta. La presencia humana y la satisfacción de sus necesidades, hasta las más básicas, implica invariablemente el uso de recursos naturales. Cada uno de los organismos vivos tiene una función ecológica e inevitablemente alterará su ambiente; la cuestión es el equilibrio, el cambio gradual y no drástico de la biósfera con tal de permitir su recuperación. Con respecto a la alimentación el vegetarianismo no necesariamente es la solución, no obstante, una disminución en el consumo de productos de origen animal también tendría un efecto directo en la disminución de emisiones de metano del ganado por medio de sus heces y un impacto en el gasto total de agua empleada por la empleada en la actividad ganadera. Acciones como la racionalización, el consumo responsable y el llamado desarrollo sustentable pueden ayudar a disminuir estos efectos, sobre todo para replantear el ciclo consumo-desecho.

La imagen de El amanecer de la Tierra es un constante recordatorio de que solo disponemos de un planeta, y que nuestros patrones de consumo deben atenerse a su naturaleza finita en cuanto a espacio y materias primas; es urgente también que estos propicien nuevos sistemas económicos y nuevas acciones políticas y comerciales; de lo contrario, la civilización puede que sobreviva en un estado marginal; o, como ya lo han advertido tantos estudiosos, encuentre, más pronto que tarde, su extinción.

*Venezuela / México
Octubre de 2019.*



CARTA PARA PETERSON

RAFAEL TIBURCIO GARCÍA

DOCTOR FREDERICK PETERSON:

Cuando empiece su investigación, cuando venga y se lleve muestras de mi cuerpo líquido para estudiarlo en secreto, hallará estas anotaciones cerca del charco que seré, todas manchadas de negro. Las leerá y entenderá lo que pasó en Marsh Island después de que aquel meteorito cayó en el Golfo de México y destruyó el oleoducto. Lo entenderá antes de que usted mismo, quizá, se disuelva por completo.

Disculpará si le aburro al recapitular sucesos de sobra conocidos por usted y por mí, pero debe entender que es probable que no sea usted quien al final lea estas palabras y quizá esa persona tenga intenciones más nobles o, Dios no lo quiera, más desesperadas que las suyas.

Aún recuerdo sus palabras cuando regresó a México luego de la exploración que realizó con sus colegas en Louisiana. «El crudo ha traspasado la barrera y empieza a extenderse, no hay más opción. La Gulf's Oil Company está consciente de que tendrá pérdidas multimillonarias cuando soltemos las oleófagas para detener la fuga».

Usted no tardó mucho en volver a Louisiana y yo seguí con mis labores en el laboratorio de la Facultad: puse al corriente el inventario, los reactivos, revisé los instrumentos, documenté el progreso de los cultivos experimentales de las muestras que usted trajo de la zona de desastre. Luego de salir del laboratorio pasaba al supermercado, recogía a mis hijos en su escuela, hacía el amor con mi esposa, iba al cine.

Una noche recibí una llamada de Sara pidiéndome que partiera de inmediato a Louisiana para apoyarlo. Usted insistió

en que necesitaba todas las manos posibles y Sara hizo esa voz que siempre me convencía.

Me presenté con usted y el resto del equipo de ingenieros, astrobiólogos y epidemiólogos; aquel dream team universitario en la contención de desastres que parecía el reparto de una película. Mientras estudiábamos el comportamiento de las bacterias que usarían como último recurso en un entorno no controlado, le rezábamos a Malthus para que no se les ocurriera meterse al oleoducto y devorar todo el yacimiento, porque la Gulf's Oil, consciente de esa posibilidad, nos había hecho firmar un documento en el que consentíamos que se presentaran en la Facultad para embarcarnos hasta el alma.

Durante mis tiempos libres tomaba uno de esos románticos cepillos dentales que repartían los de Greenpeace y me ponía a limpiar pelícanos y gaviotas. Todo era negro: rocas, cangrejos, hasta esas focas errantes de Florida que habían salido en Animal Planet. Aquel era un trabajo negro, verdaderamente negro, a veces sin atisbos de progreso.

Por las noches aprovechaba el tiempo con Sara, cuando usted se iba a los laboratorios de la Louisiana State University y dejaba de usarla. Salíamos al Bar Luau del hotel a escuchar música cajún y, ya con algunas copas encima, subíamos a mi habitación y nos poníamos a calcar las películas porno de la televisión. Después ella se bañaba y regresaba a la suite en la que se alojaba con usted.

Luego de meses reporteros, voluntarios, Sara, científicos, asesores y ejecutivos, volvimos a México. La Gulf's Oil Company había tardado cinco meses en reparar la fuga del oleoducto desde la caída del meteorito. Al parecer, la compañía se había mostrado flexible, incluso hizo llegar a la Facultad un cheque en dólares con varios ceros, como dicen ellos, "para su compatriota Peterson, que lo utilizará para continuar las investigaciones".

Pasé aquellos meses entre petróleo, acostumbrado totalmente a él, a su olor y textura, a traerlo pegado a la ropa y la piel. Diariamente me lavaba sobre todo las manos pues el aceite tardaba más

en quitarse y de algún modo me había producido una reacción alérgica.

O eso creía. Cuando me bañé en casa, un día después de regresar, descubrí que aún tenía algo de líquido negro sobre las zonas enrojecidas. Al terminar de lavarme vi cómo se iba por el desagüe; noté que mi mano derecha tenía carne expuesta y mucho tejido que empezaba a necrosar desde el dedo índice hasta la parte baja del pulgar.

Preferí no presentarme en el laboratorio hasta que aquella herida sanara. Cuando fui al médico, éste me dijo que seguramente me había contagiado de alguna infección cuando limpiaba a los animales en Marsh Island, pero él tampoco entendía por qué mi cuerpo supuraba aquella sustancia. Decidió hacerme unos cultivos para ver qué era.

Me llamaron de los laboratorios médicos dos días después para interrogarme: que dónde trabajaba y a qué me dedicaba. La bacteria que hallaron, al parecer, no correspondía con ninguna conocida, poseía una velocidad de propagación inusual y gran resistencia a los antibióticos. Cuando mencioné mi trabajo como asistente de laboratorio en la universidad, se preocuparon más.

No volví al trabajo. Permanecí encerrado en mi casa y, mientras vi extenderse la gangrena hacia el antebrazo, estuve pendiente de las noticias acerca del desastre, esperando hallar alguna clave que me ayudara a entender qué demonios me había contagiado.

Un atisbo de respuesta vino pocos días después. Un periódico de circulación local publicó una nota desconcertante.

México D.F. (EL NECRONOMISTA PRESS).- Activistas presentan extrañas heridas después de las labores de limpieza en las playas de Louisiana. "Al principio pensamos que los pelícanos y las focas tenían mucho aceite pegado, pero mientras más tallábamos, sin éxito, nos convencimos de que no era una mancha de petróleo sino una verdadera herida que supuraba sustancias negras", declaró uno de los voluntarios, preocupado porque animales y personas empezaron a mostrar aquellas heridas originadas por una exposición prolongada al crudo que, durante meses, contaminó la región y extinguió al menos 400 especies

acuáticas animales y vegetales (sigue en la pág. 8)...

Poco tiempo después llamó Sara encabronadísima. No le importó que contestara mi esposa; le dijo a gritos que sus manos y sus genitales secretaban una sustancia oleosa. Asumí que los de usted también.

Cuando Sara colgó, mi esposa sospechó de aquella vehemencia, vino conmigo y monologó mucho tiempo; después, sin darme ninguna explicación, se llevó a los niños y ya no volví a saber de ella. Unos días antes se había quejado de lo mismo.

Luego de otro mes, la mitad de mis dedos índice y medio se han diluido y este aceite negro continúa manando de la herida que ya llegó hasta mi pecho. Con tanto tiempo a solas y la desesperación carcomiendo mis nervios, hice un repaso de todo lo que había hecho, lo que me había llevado a donde estaba.

Mis recuerdos me arrojaron más allá de las mañanas limpiando animales con cepillos de dientes, hasta la plástica que sostuve con usted la primera vez que volvió de Louisiana, una semana después del desastre. Usted habló de una idea que se le había ocurrido en sus breves días en la plataforma petrolera y que, al parecer, había emocionado tanto a la Gulf's Oil Company, que empezó a patrocinar el experimento.

«Hemos trabajado con oleófagas durante bastante tiempo», me dijo, «en ese lapso las empresas sólo han podido pensar en esta investigación en términos de pérdidas para ellas, no de beneficios. Imagina por un instante un panorama opuesto.»

Su flexibilidad ética no me sorprendió. A mí me parecía que los únicos que querrían más petróleo serían justamente aquellos caníbales. El resto de la humanidad de algún modo esperaba que se acabara pronto para empezar a utilizar otro tipo de energías.

Usted continuó: «Imagina si encontráramos una bacteria que, en vez de desintegrar el combustible fósil en elementos inocuos, tuviera como producto de desecho justamente una sustancia similar al petróleo. Millones de años de plancton descompuesto en el

fondo de los océanos reducido en unos cuantos meses. Imagina lo que eso representaría en términos económicos, un recurso no renovable que se volvería renovable y más barato. Un pequeño cultivo y las bacterias se encargarían del resto. Se puede aprovechar la materia orgánica de los rellenos sanitarios, además del gas natural que producen los biodigestores.»

«Pero la huella de carbono, doctor, y el efecto invernadero...»

«Esas son pendejadas, Hans. El cambio climático es un mito...»

Me aterra pensar que usted empezara aquel experimento en secreto, a espaldas de la facultad. Me aterra porque usted mantenía correspondencia con sus colegas de la Louisiana State University y recordé al grupo de investigadores con quienes trabajó durante todo el tiempo que duró la crisis, siempre tan alegres, siempre con esa mirada tan parecida a la avaricia que suele confundirse con el frenesí científico.

Tal vez, si en verdad desarrolló el proyecto, el resultado fue más efectivo de lo que usted pensó. Tal vez creyó que aquellas bacterias que obtuvo de quién sabe dónde no se adaptarían para reproducirse en organismos vivos, pero sólo así tendría sentido la forma en que mi cuerpo y el de cientos de activistas y animales se diluye.

A veces me pasa por la mente la idea de adelantar el proceso, pegarme un tiro y dejar que las bacterias trabajen aprisa, sin mi sistema inmunológico deteniéndolas.

Pero, como dijeron los activistas, quizá la exposición prolongada provocó esta infección y será cuestión de tiempo antes de que usted desarrolle una cura. Tal vez pronto esta herida negra cierre y yo esté mejor. Y cuando eso pase volveré al cine y al súper y al laboratorio; y Sara querrá estar conmigo otra vez.

Quizá. Pero es una simple idea y, mientras me desintegro, el valor de mi cuerpo se triplica, junto con el resto de las especies del Golfo de México. Sólo espero que alguien, la Gulf's Oil, por ejemplo, o usted, estén allí en ese momento para meter mis restos en un barril. ▯



LANGOSTAS

SERGIO GAUT VEL HARTMAN

El humo acre de los cerros en llamas que llegaba del oeste se metió por la boca abierta de Marcelo, le devastó la garganta y le derritió los pulmones. Fue extraño, sorprendente, y todo terminó con un ruido agónico que nos heló la sangre. Marcelo se esforzó por respirar, se tambaleó, oscilando entre la mesa y la pared, y terminó derrumbado a los pies de Alma. Una palabra osciló en sus labios, incomprensible, pero yo estaba seguro de que dijo «langostas»; había langostas por todos lados. Ernesto, borracho como siempre, se levantó de la silla sin apuro y señaló el fulgor que cubría la falda del cerro y devoraba las lenguas sin piedad.

—Se extinguirá solito y sin ayuda —dijo—; poco a poco.

Alma, aterrada, quiso protestar, pero no logró hacerlo; ella tampoco podía respirar.

Entré en pánico. Había visto morir a mucha gente en la época de las inundaciones y cuando las epidemias azotaron las tierras bajas, pero yo podía respirar sin dificultades; por lo visto era inmune a la sustancia que traía el humo del incendio y no era sorprendente que Ernesto también lo fuera.

—Venga, ayúdeme —balbuceé moviendo la cabeza en dirección al borracho.

—No hace falta; está muerto —respondió el tipo, áspero como siempre. Alma boqueó como un pez fuera del agua y se agarró del borde de la mesa de madera.

De pronto, una ráfaga de viento se llevó la podredumbre y un fragante aroma llenó la cabaña, pero no fuimos capaces de imaginar su procedencia. Alma se repuso y sonrió. Aunque las paredes y los muebles se estaban descomponiendo por culpa de la humedad y los insectos caminaban por todas partes con el mayor desparpajo, esa

racha de aire parecía instalar una luz de esperanza.

Di dos o tres pasos hacia Alma, preguntándole con la mirada si había escondido una botella de bebida en alguna parte; tenía la garganta reseca. Pero Ernesto alzó la mano, deteniéndome, y señaló el bosque.

—¿Se dan cuenta? —dijo mirando a Alma—. Yo tenía razón. Tuvimos que aceptar que era cierto: el fuego de las laderas se había apagado y no quedaban rastros de humo. El paisaje ofrecía un aspecto apacible a la luz del sol, aunque nadie se sentía capaz de predecir qué nuevo cataclismo se desencadenaría al anochecer, como todos los días.

—Tenemos que sacar el cuerpo de Marcelo de la cabaña —dije buscando ayuda; nunca me había gustado manipular cadáveres. Pero el borracho se encogió de hombros, desentendiéndose del asunto.

—Te ayudo yo —dijo Alma, recompuesta. Hasta volvió a sonreír.

Desde los grandes cataclismos del final de la década pasada, causada por la desaprensión y miserabilidad humanas, se producían eventos tan extraños y variados que mucha gente termino dando por ciertas algunas ridículas teorías conspirativas. La preferida por la mayoría era que había ocurrido una invasión extraterrestre de seres invisibles, de Marte o Alfa Centauri, que desorganizaron el clima, alteraron la geología y tomaron el control de nuestras mentes. Casi cualquier cosa era preferible a reconocer que nosotros mismos habíamos sido los responsables del desastre.

Cuando me incliné para levantar el cadáver de Marcelo, advertí que el cuerpo se estaba hinchando de una manera horrible. Lo solté asqueado, retrocedí y le indiqué a Alma que no lo tocara. Ernesto había salido de la cabaña y nos miraba trepado a la cerca, sonriendo sardónicamente; parecía inmune a todo y por lo visto no moriría ese día, ni el siguiente, ni el otro. Allí estaba de nuevo, bebiendo. Mi cerebro se sumía en el caos tratando de averiguar

dónde guardaba las reservas de ginebra o lo que fuera que lo mantenía borracho todo el día.

—Algo malo proliferaba dentro de su cuerpo y no lo sabíamos —dijo Alma señalando el cadáver de Marcelo—. Por suerte murió antes de darse cuenta de qué le estaba sucediendo.

—Fueron las langostas —dije—; estoy seguro. —Estaba obsesionado con ellas—. Son como células cancerosas.

—¡No digas idioteces!

Alma me dio la espalda y se fue a reunir con el borracho. Yo me sentía abatido. No, abatido no era la palabra adecuada; me sentía inmerso en una alucinación.

Tomé una decisión: me iría de aquel lugar, bajaría al valle y volvería a trepar la montaña del otro lado.

—¿Adónde vas? —dijo Alma cuando Ernesto pasó a su lado. Se había bajado el vestido hasta la cintura y ofrecía los pechos a la brisa. El borracho miraba para otro lado.

—El mar está a pocos kilómetros de aquí —dije. No esperé la respuesta de la chica y empecé a descender la ladera. Tenía hambre, pero estaba seguro de que en todo el mundo no quedaba un solo alimento en buen estado. Seguramente terminaría mascando uno de esos hongos negros y enfermizos que crecían entre las cañas.

Las primeras ráfagas anunciaron el huracán silbando entre las ramas. Luego, demasiado rápido como para que pudiera reaccionar, una andanada de granizo se desprendió de una nube de plomo, me golpeó la cabeza y me tumbó sobre el barro. Busqué una vara para apoyarme, me incorporé y seguí descendiendo la cuesta. No esperaba besos de espuma y plácidas caricias de sal. Lo mejor que podía hacer era entregarme a ese caldo primigenio para que dentro de mil, cien mil o un millón de años, se gestara una nueva estirpe humana. Alcancé la playa, me quité el calzado y avancé para que el agua comenzara su tarea. El mar, esa cloaca, se abrió ante mí. ▽



TRES CUENTOS

ÉDGAR OMAR AVILÉS

1. EFECTO Y CAUSA

Sabemos que en quinientos años la Tierra será estallada con una bomba de neutrones masiva. Sólo quedarán asteroides entre Marte y Venus. La explosión será tan atroz que traspasará los muros del tiempo. Lo sabemos porque el calentamiento global que vivimos es producto de ese hecho futuro. ▸

2. UNA GOTTA DE ROCÍO

Una gota de rocío, en la punta de una temblorosa hoja de sauce, se niega a caer y ser tragada por la tierra. La gota, desesperada, con sus ojillos cerrados, suplica a los dioses misericordia: entonces de ella surgen dos gotas y luego cuatro; y la gota se convierte en gotera; y la gota se convierte en lluvia; y la gota se convierte en tormenta; y la gota se convierte en río y cascada; y la gota se convierte en un mar; y la gota se convierte en el océano que se derrama, inundando puertos y ciudades: los llantos y gritos de los seres abarcan al mundo, cuyos continentes sucumben ahogándose también.

Poderosa, la gota de rocío se carcajea, pero deja de hacerlo al sentir la seca garganta de la tierra devorándola; entonces abre sus ojillos y arriba ve al sauce y a la hoja, todavía temblorosa, de la que ha caído. ▸

3. LA NOCHE FÓSIL

— *Ingeniero Elizalde?* —preguntó el de la gabardina negra al *hombrecillo de espesas gafas.*
—*Soy yo. Muéstreme la fórmula* —respondió mientras estrechaba la mano.

Se deja de escuchar el verter del líquido. Gustavo, el muchacho que despacha en la estación de gasolina, voltea a la pantalla de la máquina. Todavía falta cerca de la mitad de lo que pidió la dueña de la camioneta Ford. Un grito precede a la manguera tirada y a Gustavo temblando, con los miembros entumidos de pánico. De la manguera brota un vapor denso que va ganando forma.

—*¡Tiranosaurio!* —balbucea. Pero se equivoca. En realidad debería de decir “alosaurio”: el alma de un alosaurio.

Sacó una carta de entre los recovecos de su gabardina.

Mientras observaba cómo las gafas de su interlocutor seguían el laberinto de fórmulas químicas escritas en la carta, le dijo:

—*El costo de este catalizador es tres veces menor al que ustedes utilizan. Y nadie lo notará: ni sus superiores, ni los obreros, ni los automóviles. Sólo le pido un pequeño porcentaje de lo que usted ganará.*

La mirada tras las gafas brillaba como lo hacen las monedas nuevas.

El alma del alosaurio abre las fauces intentando emitir un grito que resulta mudo. Las torpes piernas de Gustavo lentamente lo llevan a guarecerse en el OXXO, que está en el mismo complejo de la estación de gasolina. Son tremebundos los gritos de los otros empleados, de los conductores, de los transeúntes mientras que del resto de las máquinas despachadoras salen almas de tricera-tops, terodáctilos, anquilosaurios y especies no documentadas que eclipsan las formas inciertas de las nubes. Laura, la muchacha encargada del OXXO, llora.

—Son solo almas, ¿qué nos pueden hacer? —le dice Gustavo mientras ve cómo los dinosaurios atraviesan paredes y autos sin romperlos. Aprovecha para abrazarla.

Unos días después, de madrugada, llegaron a la refinería de Toluca las pipas contenedoras de la sustancia que sustituiría al viejo catalizador. Si sabía llevar a cabo la estafa, el ingeniero Elizalde obtendría en una semana los millones de pesos que requería para comprarse una vida en Noruega. “Quizás algún día lo proponga para todas las refinerías del país, y el ahorro será para todos los mexicanos”, pensó para expiar culpas, mientras presenciaba el proceso de mezclado del nuevo catalizador.

—Simplemente es como... —a la par que piensa qué decir, ve el escote de Laura—, como la proyección de una película. Sólo nos preocuparemos por preparar palomitas mientras vemos a Godzilla una y otra vez...

Lleno de falsa seguridad, sonríe y abraza a Laura. “Luego de esto, seguro me acepta una cena”, se dice para sus adentros, cuando de pronto el alma de un espinosaurio entra en la tienda. Laura, quien estaba por aventar a Gustavo, se abraza de él.

—¡Laura tiene quién la defienda, lagartija de mierda! —grita envalentonado. La bestia fija sus ojos en el escuálido muchacho que, convencido de su teoría de la película, le hace frente. Rápidamente el espinosaurio atraviesa tres estanterías. Con sus terribles fauces translúcidas alcanza a rozar el brazo de Gustavo, sin causarle daño.

Cuando llegó a casa, se quitó la gabardina y la piel sintética de la cara y de las manos. Su escamosa piel verde quedó expuesta junto con sus garras.

“Esos hijos de siete mil putas profanan las almas de mis ancestros, quienes durante millones de años durmieron en la sagrada noche fósil

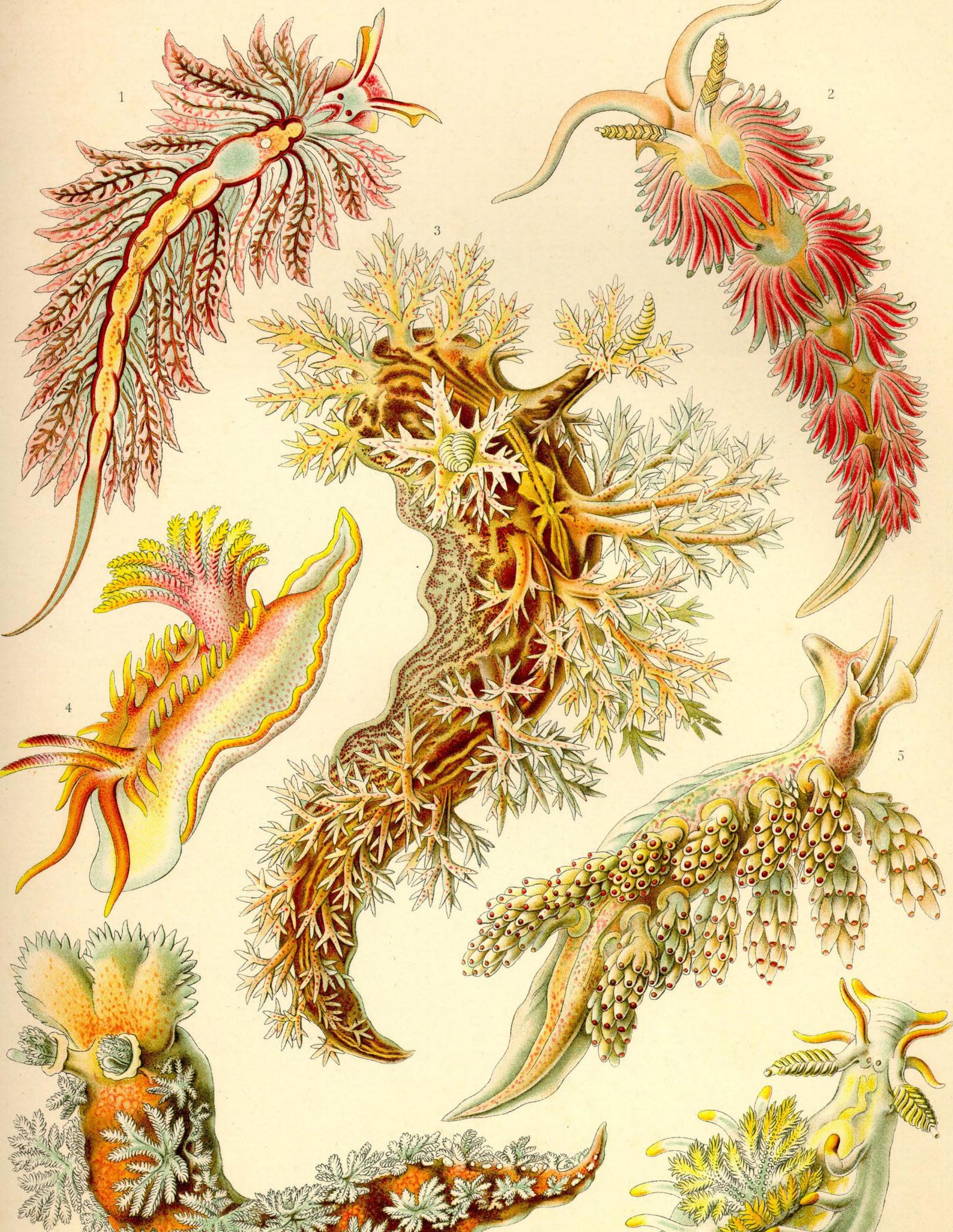
del petróleo”, pensó gruñendo mientras consultaba un oráculo de cuarzo cuyos vértices se alineaban con el centro de la Tierra y el centro de la galaxia. Luego rugió: “¡Pero sus almas volverán a ser dueñas de la Tierra!”

Gustavo le saca la lengua al alma del espinosaurio. Laura suelta al muchacho y camina tras la caja registradora. La bestia traslúcida ataca nuevamente. Es una mordida directa al pecho. El muchacho cae fulminado, no obstante que en su cuerpo no se advierte herida alguna.

Laura presencia cómo el alma del espinosaurio extrae y devora al alma ensangrentada de Gustavo.

Afuera del OXXO, el alma de un triceratops embiste a la camioneta Ford. Luego de traspasar la carrocería, tiene en su cuerno el alma de la conductora que da estertores mientras una sangre transparente se derrama.

Flotas de pipas cargadas del combustible modificado salieron de la refinería de Toluca con destino a cientos de estaciones de gasolina del país. ▽



1

2

3

4

5

LAGO ROJO

MARIO HUMBERTO LÓPEZ ARAIZA VALENCIA

Cuando Dalia veía a lo lejos las elevaciones de la sierra, venían a su mente los recuerdos que la hacían encogerse de miedo. Volvía a escuchar los aullidos, el estruendo a su alrededor. Un escándalo que solamente los tranquilizantes conseguían silenciar. Se ocultaba bajo las sábanas de la cama, queriendo olvidar aquella silueta, los olores fétidos, los lamentos. Hacía poco que vivía en Tierra Nueva. Recibía visitas continuamente y parecía que compartir el relato de su tragedia la hacía sentir mejor.

La narración era siempre la misma: ella y algunos amigos habían dejado la capital huyendo de los desastres provocados por un grupo radical que buscaba reducir la población en las ciudades: gases tóxicos liberados tras la explosión de una refinería, contaminación producida por un derrame ácido en un río cercano, brotes epidémicos en regiones enteras. La simultánea ocurrencia de las catástrofes orilló al grupo de amigos a organizarse para salir de sus casas al conocer de la existencia de Tierra Nueva, una localidad desde la que ayudarían a desarrollar tecnologías para restaurar el ambiente.

Siete iniciaron la travesía; quedaban cinco. Guillermo sucumbió al caer en un arroyo de agua tan ácida que en unas horas desintegró su piel. Sandra se desvaneció después de contraer una infección. Luego de enterrar a sus compañeros, los cinco restantes prosiguieron la marcha, adentrándose en la sierra.

Pasados algunos días, Encontraron una señal en el sendero: “Peligro, experimentos biológicos en curso. Prohibido el paso”. El grupo siguió avanzando hasta que el grito de uno de ellos los detuvo:

—¡El Lago Rojo! —los cinco contemplaron un cuerpo de agua color sangre, ubicado en lo profundo de la cañada en la que convergían decenas de arroyos.

—He escuchado que se trata del lugar más contaminado de la Sierra Gorda —indicó Kam.

—Debemos continuar —dijo Dalia.

—Podríamos tomar una muestra, analizarla en Tierra Nueva —propuso René, el científico.

—Vámonos. Vendremos por muestras después —previno Yolanda.

René no la escuchó; sacó un par de tubos de ensayo y se colocó los guantes de neopreno, abrió los tubos y los sumergió en el embalse. La superficie del lago comenzó a agitarse violentamente y grandes cantidades de agua contaminada salieron disparadas en varias direcciones. Una mole de tonalidades rojas y doradas emergió del embalse. Varios metros de altura hacían que destacara entre las formaciones geológicas de la zona. De su cuerpo emanaban vapores de olor nauseabundo que impedían la visibilidad.

Javier fue sepultado por una avalancha de lodo y rocas. El cuerpo de Kam se llenó de llagas y ampollas, producto del contacto con el agua contaminada; cayó emitiendo alaridos de dolor. Yolanda y René desaparecieron bajo una de las zancas del ser monstruoso.

Dalia se percató de que habían invadido el territorio de la criatura, entendía que solamente estaba defendiéndose. Logró ocultarse en una grieta mientras el monstruo avanzaba.

El recuerdo del mundo despedazándose a su alrededor y los gritos de pánico de sus amigos. Era lo que siempre contaba Dalia en el hospital de Tierra Nueva.

Gracias a ella conocieron de la existencia de un ser maldito en las estribaciones de la sierra: una criatura producto de mutaciones en un organismo desconocido, adaptado a las descargas de desechos de minas y petroleras que trabajaban en lo profundo de los bosques. Por eso nadie se aproximaba al Lago Rojo. Muchos ni siquiera hablan del tema. ▽



DONDE EL FUTURO NUNCA LLEGÓ

ZACARÍAS ZURITA SEPÚLVEDA

Vladimir Rivera Órdenes (Parral, Chile, 1973) es escritor y guionista. Ha escrito los libros Qué sabe Peter Holder de amor, la novela Juegos Florales y la colección de cuentos Yo soy un pájaro ahora, obra que aborda el biopunk. Como guionista de televisión ha escrito la serie de ciencia ficción Gen Mishima y la miniserie Zamudio, perdidos en la noche.

ZACARÍAS ZURITA SEPÚLVEDA: ¿Qué tanto ha influido en tu trabajo como escritor de ciencia ficción el haber vivido en Parral.

VLADIMIR RIVERA ÓRDENES: Para mí Parral, Osorno, Puerto Montt, la carretera austral y todo el sur, son espacios que conozco. Trato de instalar mi trabajo en esos lugares, pero a pesar de ello, puede ser cualquier espacio. Puede ser Parral, pero no es el Parral real, el que uno puede conocer. Si lo llevo a la ciencia ficción, a mí me gusta más lo rural, ya que eso te entrega una precariedad. Hemos visto mucha ciencia ficción en las ciudades, el neón por ejemplo, pero ¿qué pasa en la frontera, en esos espacios o lugares donde la tecnología no debería llegar? Por eso me instalo en esos lugares donde el futuro, en el fondo, nunca llegó, o no llegó como

uno lo ve en las películas. Desde allí es que yo recurro a los espacios. Lo segundo tiene que ver con la atmósfera. Esos lugares entregan mucho más atmósfera, más tonos, de una realidad paralela en el fondo.

ZZS: ¿Puedes hablarnos de tu libro *Yo soy un pájaro ahora*? ¿Le queda bien la etiqueta de “ecoterror”?

VRO: No sé si instalaría mi trabajo como ecoterror. Entiendo que hay toda una literatura y un cine que habla sobre virus y otras cosas. Sin embargo yo me tomo más licencias desde la ficción que de lo real, como que estos virus existen o no. En realidad preferiría definirlo como biopunk, que tiene que ver con la biología como un ente terrorífico, hacia dónde vamos en términos biológicos.

ZZS: Trabajaste como guionista de una serie de televisión llamada *Gen Mishima*. ¿Cómo surge este proyecto y cuál fue la recepción del público chileno?

VRO: *Gen Mishima* surgió como un examen de grado que le gustó a un productor. Lo trabajamos durante un tiempo para llevarlo a televisión. Fue algo nuevo para la televisión chilena en un tiempo donde no se apostaba por

la realización de series. El horario en el que se transmitió no era el más favorable. Después se comenzaron a realizar más trabajos así, pero apostando por el drama. Me parece que la mayor innovación de *Gen Mishima* fue su temática.

ZZS: ¿Puedes hablarnos de tus referentes?

VRO: Como referentes puedo nombrar una serie de animé japonés llamada *Serial Experiments Lain*. Otra obra dentro del mismo género: *Akira*. Una película: *Avalon*. Los libros que me marcaron mucho son: *Las partículas elementales* de Houellebecq y *Crónicas marcianas* de Bradbury. Un cómic o novela gráfica: *El eternauta*.

ZZS: ¿Te gustaría adaptar algún libro al cine?

VRO: Todos los que me gustaron ya han sido adaptados, sobre todo en el campo del cómic. Por ejemplo, salió una adaptación de *The Boys*, no la he visto, pero le tenía puesto el ojo. *El Joker* y *La broma asesina* es otro. Los textos que me han gustado, de alguna forma ya han sido adaptados. De Chile hay dos libros que me han movido, uno es un libro de poesía titulado *Crónica del adelantado*, de Enrique Volpe, que trata básicamente de la llegada de Diego de Almagro cruzando el desierto. Es un libro intenso y muy minimalista al mismo tiempo. El otro es *Hijo de ladrón*, de Manuel Rojas, que siento como un gran libro. Trataría de hacer una adaptación no naturalista, no estar viendo simplemente imágenes de la vida. El libro me gustó mucho cuando chico, pero lo veo ahora y creo que no hubo una adaptación, al menos para mí, atractiva. *Hijo de ladrón* tiene la potencia de un gran relato. De hecho, me parece la gran novela chilena del siglo XX.

ZZS: Dentro de la literatura, la ciencia ficción está considerada como un género menor, pero llevada al cine genera grandes réditos económicos y mucha taquilla. ¿Cómo podrías, bajo tu visión, explicar esto?

VRO: Comparto el análisis. La literatura de ciencia ficción es considerada muchas veces clase B, pero creo que cada vez menos. Podemos ver lo que pasa con Margaret Atwood y *El cuento de la criada*, que es una novela de alto impacto, por ejemplo. O lo que hace Ishiguro, que también son novelas de género y literatura seria (pienso en *Nunca me abandones* y *El gigante enterrado*). Por otra parte, existe otra literatura de ciencia ficción interesante desde el punto de vista de la idea, pero no tanto narrativamente. La ciencia ficción está a la vanguardia en términos audiovisuales, pero en Chile vamos lento. Todavía hay miedo en las productoras y canales, ya que piensan que la gente no va a enganchar o que los efectos especiales serán malos. Ahora, claramente no se puede hacer *Avengers*, ya que es impagable en nuestra lógica, pero se pueden hacer otras cosas como *Gen Mishima*.

ZZS: Para finalizar, ¿podrías recomendar algunas obras a nuestros lectores?

VRO: Todo Bradbury. *Las Crónicas marcianas*, *Las doradas manzanas del sol*, *Fahrenheit 451*, *El hombre ilustrado*. Toda la literatura de Bradbury me encanta. La obra de Ursula K. Le Guin. Me gusta mucho Yasutaka Tsutsui. Un libro que me encanta de él es *Los hombres salmonella en el planeta porno*. Y Houellebecq en su época de ciencia ficción: *Plataforma* y *Las partículas elementales* son dos grandes libros, imprescindibles. ▽



LA PLAYA

JOSÉ LUIS DÍAZ MARCOS

1

— Papá, preguntan por ti! —vocifera Ana desde la puerta, bailando al son de sus auriculares.

— ¡Te vas a quedar sorda y nos vas a dejar sordos a los demás! —protesta Hugo viniendo por el pasillo—. ¡Anda, deja ya la musiquita y ponte a estudiar, que es lo que tienes que hacer!

—Venimos del ayuntamiento —anuncia un señor. Detrás, sendos operarios—. Traemos su cuota de plástico.

—Mi cuota..., ¿de qué?

—De plástico. Como sabe, o debería saber, hoy entra en vigor la nueva ordenanza municipal relativa a la asignación y custodia de residuos plásticos.

—Gracias por reprocharme lo que ignoro, señor funcionario, pero no tengo ni idea de qué me habla.

—¡Qué sí, papi: la nueva ordenanza medioambiental! —informa la adolescente, escandalosa—. ¡Aquella del buzón! ¡La que tiraste a la basura!

Hugo enrojece y la mira.

—Vale, vale... —recula—. ¡Qué genio! El día que cumpla los dieciocho...

—Usted perdone... ¿Qué me decía?

—Su cuota de plástico... —abunda, paciente—. A partir de ahora, y dada la imposibilidad de su total almacenamiento y reciclaje, los vecinos deberán acopiar la proporción de esos plásticos que, según nuestros cálculos, les correspondan. En su caso... —consulta un portafolios—. Aquí está: ¡ocho metros cúbicos!

—¡¿OCHO...?!

—Sí: el volumen equivalente a ocho mil litros.

—No puedo creerlo... ¿Y hasta... hasta cuándo...?

—Hasta que su paulatina eliminación nos permita retirárselo.
—¡O sea: hasta dentro de... meses!
—No creo. Ojalá me equivoque, pero yo diría que hasta dentro de... años.
—¡¿Años?!
Asiente, comprensivo.
—Y, ahora, si es tan amable y me firma el recibo, los compañeros procederán a dejarle la cuota. Como ve, y para facilitar su transporte y acumulación, las infinitas formas del plástico vienen prensadas en bloques de medio metro cúbico. Así, le incumben... sesenta y cuatro bloques.
—P, pero, ¡¿dónde voy a meter...?!
—Aquí, en su casa.
—Esto... ¡Esto no puede ser legal! ¡¿Y si me niego?!
El mandatario enarca una ceja, pensativo durante un segundo, y contesta con otra pregunta:
—¿Le gusta la playa?

2

Ante Hugo, extrañeza inerte, entran sesenta y cuatro bloques, sesenta y cuatro porciones cúbicas de dúctiles, hasta llenar el pasillo.

—¡Tampoco ponga esa cara, hombre! —anima uno de los soguillas—. Si le sirve de consuelo, venimos de aquí cerca y... ¡Van a tener que deshacerse de la mitad del mobiliario, por lo menos, para asumir su cuota! ¡De la mitad!

—Consuela mucho, sí...

—Quién iba a creer que llegaríamos a estos extremos —asiente el otro— ¡Ahora todos, quieras o no, con síndrome de Diógenes por culpa del maldito plástico! Esto...

Hugo cierra, aturdido:

—Sí, quién iba a creer...

—Pues muchos —asegura Ana, al fondo.

—¡¿Y tú, qué haces ahí?! ¡No te había dicho...!

—¡Y dale, Perico al torno! De verdad: qué pesadito te pones a

veces... Por si te interesa la opinión de una socia de Grimpís, esta movida ha sido tan chunga como la de mi ex: ambos la veíamos venir, pero no hemos querido verla, a ver si cambia, a ver si cambia, hasta que, ¡pum!, ha petao', y ni cambio ni leches.

»¡Pues tal que así, en pleno 2031, con el dichoso plastiquito! Tanta envoltura, que mira que nos gusta envolverlo todo, y tan poco reciclaje, que mira que reciclamos poco y mal, que...

—¡Llegan los del ayuntamiento y te encasquetan, por orden del señor alcalde, o de quien sea, ocho metros cúbicos de botellas, tapones, bolsas y yo qué sé más hasta que, dentro de unos añitos de nada, sea posible su reciclado! Y digo yo: ¿Es que no hay verterederos?!

—Claro que los hay. Pero, como todo, son limitados y están, ya casi como todo también, saturados. ¿Y qué pasa entonces con los productos plásticos y sus más de ciento treinta sustancias tóxicas?! ¿Los seguimos dejando por ahí, de cualquier manera?! Imagina, por ejemplo, ¡qué fuerte!, el incendio de toneladas y toneladas de esos productos: ¡Nuevas emisiones a lo que nos queda de atmósfera!; ¡Más contaminación, ya casi imposible, de ríos y acuíferos!... ¡Una catástrofe, papá! ¡Otra catástrofe!

—Bien, vale... Me rindo. Como dice el tango: el mundo es una porquería y debemos asumir nuestra culpa. Entendido. Ahora, y yendo a lo práctico, querida afiliada de Grimpís, ¿dónde narices ponemos...?!

—Pues... La cinta de correr y las pesas hace siglos que ni las tocas: a la vista está... Y tus librotos y maquetas acaparan polvo y espacio en casi todas las habitaciones. Si lo piensas...

—¿Qué?!

—Ya me dirás si no...

—Claro, claro... Pues, en ese plan, también podríamos prescindir de cierto equipo de música y de sus gigantescos altavoces, de cierta colección de cedés, de ciertos armarios, mucho espacio. ¿No crees?

3

04:00 AM.

Una furgoneta rodea la casa del señor alcalde. Dos encapuchados, un hombre y una fémnia, empiezan a descargar bloques de plástico prensado: uno, dos,... treinta y ocho, treinta y nueve,... sesenta y tres, sesenta y...

—¡Quietos! ¡Policía!

—...cuatro...

—¿De verdad creían que...? Para su información, ustedes son los séptimos de esta semana. ¡Y aún es miércoles! En fin... Ahora, venga: carguen su cuota antes de que aparezcan los siguientes, que ya hoy se irán de playa.

«¡¡Írnos de...?!».

Sesenta y cuatro, sesenta y tres,...

—Papi: me duele el lomo...

—¡Claro: y a mí, el mío!

...treinta y nueve, ¡ay!, treinta y ocho, ¡ay!...

4

15:00 PM.

Playa. 43° C. Una veintena de condenados por infringir la ordenanza municipal relativa a la asignación y custodia de residuos plásticos peina la arena en busca de eso, de fragmentos dúctiles.

—¡J, jefe..., no podríamos esperar a que... a que bajase un poco el sol? —pregunta alguien.

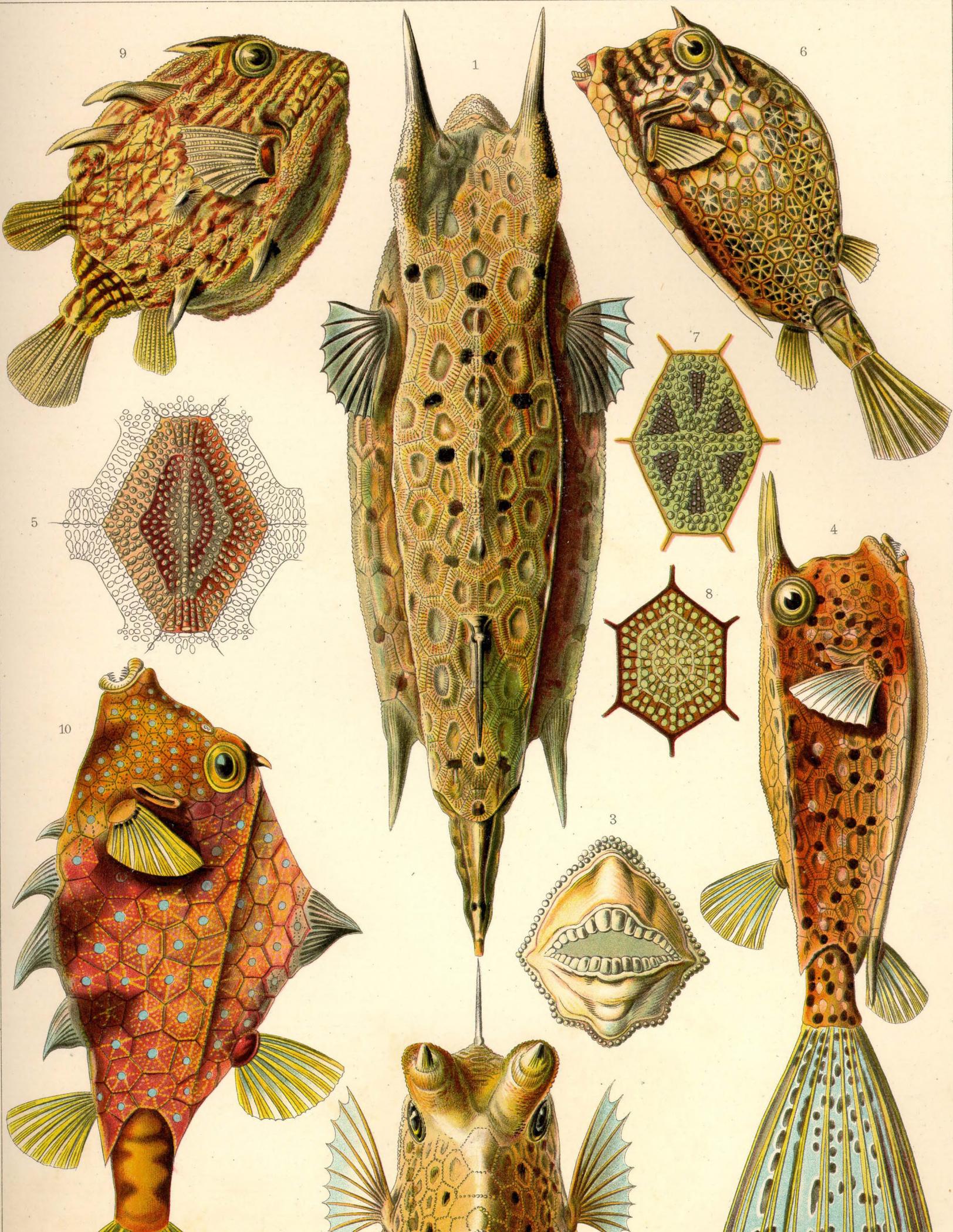
—¡No! ¡Calla y recoge!

—¡¿Y si... me niego...?!

—¡¿Y si dejo la sombra, el ventilador y el mojito, y voy con la porra?!

—¡Aaagh, papi! Tengo mucha...

—¡Sí, ya lo sé: yo también y... y me aguanto! ¬



¿QUÉ MÁS PUEDES HACER?

GONZALO DEL ROSARIO

Clara y yo peleamos porque a ella no le gustaba que fumara marihuana, en especial si quedábamos para ir al cine o al teatro, y peor aún si en ese lugar nos cruzábamos con alguno de mis patas hípsters que también suelen asistir los sábados por la tarde. Pero no era su culpa y, ni bien los vio acercarse, me obligó a llamar al primer taxi que pasara para marcharnos a casa, pese a su clásico “Si quieres, quédate; yo me voy sola”, que significaba “O vienes conmigo o te vas a la mierda”.

Tras subir los cinco pisos sin ascensor del pequeño departamento que compartíamos en la azotea de un edificio en San Borja, se arrojó a la cama y yo directo a sentarme al baño. La lluvia comenzó a sonar sobre la calamina.

Luego de lavarme manos y dientes, me eché en mi costado de la cama. Clara lucía cansada: la maestría y sus tres trabajos la tenían mal. Yo no entiendo por qué hay gente que se pone a hacer tantas cosas a la vez solo para llegar al fin de semana estresado y con ganas de nada. Por otro lado, creo que el mejor regalo de Lima es que tu chamba quede a solo tres cuadras de casa, como era mi caso.

El grupo teatral Yuyachkani daría una función gratuita a las ocho; teníamos unas horas para amistarnos y volver a salir. Aunque en este tipo de eventos lo mejor es llegar temprano porque el aforo es limitado.

Clara ahora roncaba bocabajo. Hacía mucho calor y me quité la ropa. El verano en Lima es la peor época del año; no corre viento y, con sus niveles de radiación y contaminación, tienes cáncer asegurado si no te pones a resguardo. Ella se había puesto su vestido de visitadora un poco subido, mostrando su calzón rosado. Tuve

una erección tremenda. Las gotas de lluvia seguían golpeando el techo de calamina.

Cinco para las ocho. Ya ni cagando llegábamos al teatro. -Nooo, ya fue-, -¿ya fue qué?-, -el teatro-, -vamos otro día-, -no habrá otro día-. Ella trató de consolarme, nos enredamos. Le levanté el vestido y lamí sus senos; sabía cómo se ponía cuando se excitaba: se dejaba morder los pezones y jugaba mi glande con su clítoris. Acabamos en perro. Ella quedó rendida sobre la cama. Sudoroso me eché a su lado y nos dormimos otra vez.

La percusión de Dios sobre nuestro techo al cabo de varias horas nos supo a rutinaria banda sonora. Pronto amanecería y solo quería aprovechar la mañana, como todos los domingos, para sentarme en el balcón a fumar mi pipa con el más fino skunk, mirar los edificios y las casas de jardines pitucos, escuchar el show de Mr. Fantasy en Doble 9 a dúo con las aves negras que comían los restos de mi cancha en una tapa de café, y sentarme a escribir.

Se me pasó la hora. Salté de la cama un cuarto para las ocho. Ya no llovía y, tras salir del baño, me dirigí hasta el balcón para prenderme con la pipa de Hemingway, pero lo que vi me impidió sacar siquiera la cajita de fósforos. Todo era agua, como si nuestro edificio hubiera quedado anclado en medio del océano. Un olor a desagüe golpeaba mis fosas nasales; y los edificios aledaños, hasta hace unas horas imponentes, lucían cual islas rectangulares con gente gritando por ayuda desde sus azoteas. Las demás casas habían desaparecido bajo el agua.

No solo esa marea marrón chocaba contra mi balcón a menos que un metro y medio (y por estas marcas, ha estado más arriba), sino que a la deriva flotaba un sinnúmero de escombros entre el barro espeso: puertas, partes de casetas, todo tipo de maderas rotas, tres árboles arrancados de raíz, ramas, varias lanchas volteadas, cruces de iglesia y cristos tallados, bolsas (demasiadas bolsas plásticas, tantas como medusas), miles de perros y millones de gatos muertos flotando informes; pero en especial cuerpos ahogados, desnudos, desmembrados, con jirones de ropa como

banderas amarradas.

Al tiempo que pequeñas olas me salpicaban, pensé: “¿Cómo no tengo una tabla, o mi bodyboard que dejé en Trujillo?”. Prendí al fin mi pipa y me apoyé en el filo del balcón para intentar distinguir lo que flotaba a mi alrededor y elegir lo que me podía servir. Necesitaba un par de pitadas hondas, “Seee... debería haber comprado ese caballito de totora, sería tan útil en estos momentos”. Creo que era el único de entre las personas en las azoteas del vecindario que no pedía ayuda arrodillado y rezando en las esquinas de sus edificios. Ya cuando algo así sucede, ¿qué más puedes hacer?, me daban ganas de gritarles que se callaran, que Clara intentaba descansar de su jodida semana, en especial a quienes lloraban afuera de nuestra really humilde casita.

No teníamos luz y lo peor era que había olvidado cargar mi celular, así que ya solo lucía solitaria una barrita que aproveché para llamar a mi madre. Las líneas sonaban congestionadas. Tampoco podía conectar a internet, mi plan de datos había sido suspendido.

Las hélices de los helicópteros cerca de los sobrevivientes imprimían el toque bélico a este escenario miserable. En las azoteas las señoras levantaban a sus pequeños en brazos y otros adultos les arrojaban lo que encontraban. La mayoría terminaba insultándolos ya que solo nos veían desde el cielo, sobrevolando en círculos nuestros techos, mas no bajaban ni nos arrojaban una pizca de aliento, ¿qué estarían buscando?

Clara roncaba más rico aún. Sé cómo es de nerviosa cuando hay temblor o tormentas; mejor no le digo nada y fácil se despierta, hacemos el amor y volvemos a dormir para comprobar si no es este otro de mis sueños donde olas gigantes se acercan a lo lejos para desaparecer mi balneario de Huanchaco y embutirse mi Trujillo entero.

Acabo de abrir los ojos al indecente calor del mediodía, me he quedado seco escribiendo sentado a la mesa. Siento al agua mugrienta subiendo fría por mis talones. Ya la batería de mi laptop se acaba. Me voy a abrazar a Clara. ▸



EL SÉPTIMO CÍRCULO

ALFREDO OLMOS HERNÁNDEZ

Cuando apareció la primera gota, debimos de darnos cuenta. Al llegar la fábrica de Sylvester, comenzó la destrucción del bosque.

Todos estaban conscientes del daño ecológico que causaba la fábrica. Sin embargo, hace unos cuantos días sucedió lo impensable, un obrero descubrió un árbol sangrando; lentamente, gota a gota, se podía ver aquella rareza de la naturaleza: un árbol sangrante.

Una sangre roja, prácticamente humana, era la que salía de aquel árbol.

Los noticieros no se hicieron esperar y Sylvester tuvo que dar una conferencia de prensa sobre lo ocurrido.

—Señor Sylvester. La sangre que salió del árbol ¿puede deberse a la presencia de su fábrica?

—Mi empresa cumple todos los estándares de calidad y ya se ha demostrado que esta no es la causante de lo que está ocurriendo.

—Señor Sylvester, este extraño fenómeno, surge unos días después de la desaparición de su gerente, ¿puede considerarse esto como un acto de sabotaje contra su compañía?

—No hay evidencia de que estos incidentes estén conectados.

—Señor Sylvester, recientemente se han presentado fuertes tormentas. Según los expertos, se originan por la deforestación, ¿qué nos puede comentar acerca de esto?

—Los meteorólogos han anunciado que existe un periodo de retorno para las lluvias y que, lo más probable, es que eso es lo que está sucediendo en este momento.

—¿Podría ser esta tormenta la causa más probable de que el árbol sangre?

—A lo largo de la historia se han registrado este tipo de tormentas y en ninguna se ha presentado el caso de un árbol que sangra.

Aquellas palabras hicieron dudar a los reporteros y nadie creyó las declaraciones de Sylvester. El poblado entero había sido testigo de todos los árboles que fueron derribados y los animales muertos que aparecían día a día.

De igual modo, todas las personas habían notado el despotismo que mostraban tanto Sylvester como su gerente Hollan. Las órdenes de maltrato animal y destrucción del bosque fueron firmadas por ambos y el poblado entero lo sabía.

Cuando se anunció la desaparición de Hollan, hubo quien creyó que aquello no era más que un asesinato y muchos aseguraban que no tardaría Sylvester en sufrir el mismo destino.

Lo único que hizo dudar fue el hecho de que apareciera el árbol sangrando.

—¿Qué acciones van a tomar con respecto a este suceso?

—Hemos llamado a la bióloga Hogan, una experta reconocida a nivel internacional por sus estudios en botánica.

Hogan era una joven científica famosa en todo el mundo. Su sola presencia en aquel lugar hizo que los ánimos se apaciguaran y todos estuvieran más tranquilos.

Una tarde, Hogan fue a hablar con Sylvester.

—Señor, los primeros estudios revelan que la sangre es cien por ciento humana.

—¿Humana? ¿Cómo explica usted que de un árbol brote sangre humana?

—Eso no es lo peor.

—¿Entonces qué es lo peor?

—He realizado una prueba de ADN a la muestra de sangre del árbol.

—¿Proviene de alguien a quien conozcamos?

—Mucho me temo, que sí. La sangre es del gerente desaparecido.



Desde la ventana de la oficina de Sylvester se podía mirar un bosque parcialmente destruido, junto a un pueblo que estaba siendo azotado por una fuerte tormenta.

El agua en las calles lentamente las estaba haciendo intransitables. Se podía ver a la gente correr a los refugios.

—¡Sylvester!

La voz de Hollan sacó de su trance a Sylvester.

—¿Hollan, eres tú?

—Sí, soy yo.

—¿En dónde estás?

—No estoy seguro, solo sé que estoy en el séptimo círculo y tú muy pronto estarás conmigo.

El viento de la tormenta impactó con fuerza contra la ventana, destrozándola por completo.

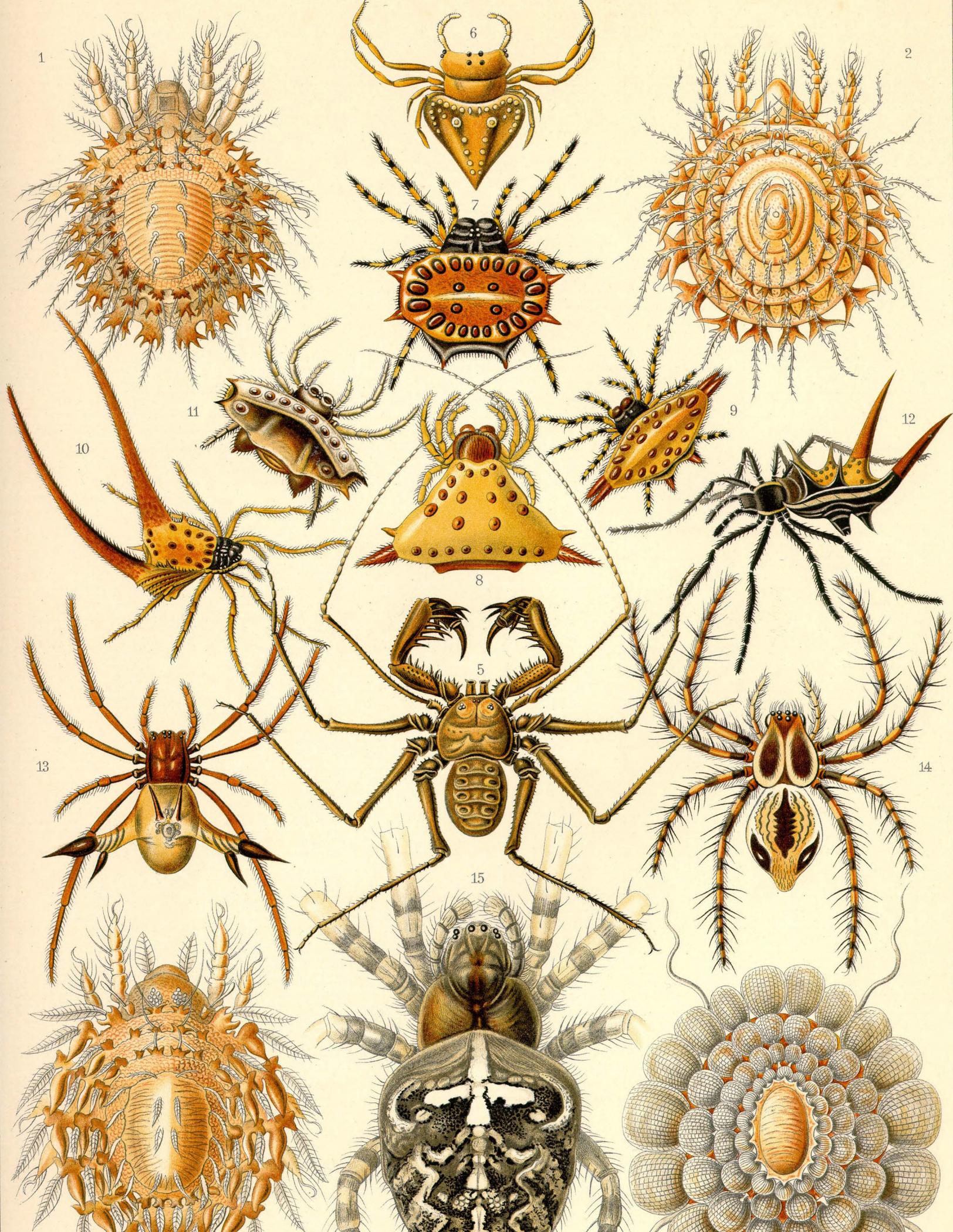
Sylvester contempló el vacío.

—Es nuestro justo castigo, Sylvester.

—¿Entonces tú...?



Los aldeanos afirmaron que desde todos los puntos del pueblo, se pudo observar una lluvia de rayos que impactó en la propiedad de Sylvester, destrozándola. Sin embargo, al terminar la tormenta todos se acercaron a revisar el lugar, donde encontraron un segundo árbol sangrante y ninguna señal del empresario. ▸



EL PUENTE

SILVIA ALEJANDRA FERNANDEZ

Hacía ya varios días que no comían y el mal humor se imponía entre el grupo. En el mundo colapsado en que vivían, las tareas más difíciles eran conseguir refugio y comida.

Marina era muy rápida cazando y organizándolos. Su personalidad enérgica hizo que Matías, Marcela, Leandro, Carolina y su madre, Perla, la siguieran.

Nadie supo jamás con certeza por qué esa cepa del virus de meningitis había mutado. Quizás en algún laboratorio experimental, alguien olvidó las reglas básicas de seguridad y dejó escapar al virus mortal.

Marina entrecerró los ojos, intentando agudizar la vista.

—¡A los árboles, rápido! Viene una horda hacia acá —gritó, mientras ayudaba a Perla a trepar. El caldén era alto y de tronco grueso, pero de difícil acceso a las primeras ramas.

«Gracias a Dios que esos inmundos, no saben escalar aún», pensó Marina.

Perla transpiraba por el esfuerzo y el miedo, sin poder subirse al caldén.

El grupo se acercaba con rapidez. Perla comenzó a correr y a sus alaridos se sumaban los de Carolina.

—¡Al árbol de Matías! ¡Corré, mamá, corré! —alentaba Carolina con la voz quebrada por el temor.

Perla no reaccionaba. Caminaba dando vueltas sin ir a ningún lado.

Al principio fueron casos aislados pero comenzaron las precipitaciones de primavera y el agua fue el agente transmisor de la epidemia. Millones de personas murieron después de la primera lluvia tóxica. Los más débiles, niños y ancianos, fueron las primeras bajas. Los enfermos y aquellos que no podían trasladarse, pronto los siguieron en una interminable y dolorosa lista de muertos.

Matías bajó de su árbol y, de un empujón, subió a Perla. Esta lanzó un gemido de dolor y se quedó sentada en la rama agarrándose el hombro. Su brazo derecho colgaba inerte; se lo había roto o dislocado.

Matías tuvo que patear la cabeza de dos infectados que quisieron morderlo mientras volvía a su refugio arbóreo.

El resto del día se quedaron sobre las ramas haciendo unas camas improvisadas con sus mochilas y ropas. Los revividos no veían de noche y se volvían más lentos; ese sería el mejor momento para escapar.

—¡Shhh! ¡Cállense! Si no nos oyen, se cansarán de arañar los árboles y se irán—susurró Leandro.

Marina trepó hasta la copa del árbol donde se había subido. Quería ver cuánto les faltaba aún para llegar a El Puente, el único asentamiento seguro del que tenían noticias; por mucho que habían buscado, aún no lograban encontrar el sitio.

—Creo que vi lo que podría ser El Puente. Debemos cruzar ese desierto que se distingue a lo lejos —señaló Marina.

Todos estaban extenuados; el cansancio y la falta de comida habían hecho estragos. O emprendían el viaje esa misma noche o jamás podrían hacerlo.

Apenas oscureció comenzaron a cruzar el páramo. El grupo entero estaba temeroso de dejar atrás el resguardo del bosque.

El desierto era un inmenso arenal de un color ocre oscuro, con un polvo tan liviano que los hacía hundirse hasta los tobillos con cada paso que daban.

Cuando no pudieron seguir andando por el agotamiento, se acostaron a dormir sobre la arena. Aunque se turnaron para hacer guardia no vieron acercarse a ningún caminante, ni ese día, ni los siguientes.

A pesar del hambre, se sintieron mejor cuando vieron las luces de unos carteles la tercera noche. Descansaron y comieron mejor que en días anteriores, acabando con la comida que habían llevado. Ya no tenía sentido seguir racionando los alimentos si su calvario pronto habría terminado.

Esa misma noche, Perla se enfermó. En pocas horas, uno a uno, todos fueron colapsando. Sus caras mostraban un color amarillento y vomitaban hasta el agua que bebían. Tenían los ojos enrojecidos, inyectados en sangre. Todos sufrían de intensas migrañas y apretaban sus cabezas, intentando disminuir el dolor.

Marina suspiró aliviada cuando al fin vio una edificación que se extendía por varias cuadras. Enfermos y agotados, pero habían llegado.

Al principio enterraban a todos los que sucumbían a la peste. Ahora ya ni siquiera se ocupaban de ellos; eran demasiados. Se limitaban a cortarles las cabezas y los dejaban tirados al sol, como juguetes rotos. Decapitarlos era la forma más rápida de evitar que volvieran de la muerte, transformados en monstruos caníbales. Pero no sabía si, llegado el momento, tendría el valor de hacerlo.

Solamente una pared de concreto los separaba de su nueva vida y caminaron, con dolorosa lentitud, las dos cuadras que faltaban para alcanzar la entrada.

Por más que golpearon los portones y gritaron, nadie respondió.

Marina trepó para ver por encima de la muralla. Los demás se quedaron dormidos en el suelo.

Al atardecer vio encenderse los carteles luminosos y supo, con horror, que el lugar no era el refugio que buscaban.

No decían nada sobre El Puente. Eran cuatro carteles de advertencia.

No cruzar.

Desierto contaminado.

Peligro.

Muerte.

Marina vio como Marcela y Matías atacaban a Leandro. Morían y desgarraban a su amigo, que pronto dejó de gritar.

Con un último destello de humanidad, Marina lloró. Sus lágrimas caían al ver a sus amigos convertidos en caníbales.

Y continuó llorando cuando sintió una irrefrenable ansia por unirse a ellos.

Gruñendo como un animal, bajó del muro y se unió al macabro festín. ▯



INFIERNO

SERVANDO CLEMENS

Un vagabundo trastabilla por un sendero tapizado de huesos, bambolea su cuerpo como si estuviera ebrio y cae de espalda, chicoteando la nuca contra el suelo yermo. Los buitres que lo acechan bajan desde los troncos y le picotean los labios, los ojos y las orejas.

Derek, un exsoldado, al notar la escena, sale del armazón de un autobús, se aproxima y ahuyenta a los pajarracos.

—¡Lárguense! —grita, al tiempo que lanza patadas.

Los buitres huyen entre sus graznidos.

—Lo siento, compañero —revisa los bolsillos del difunto y roba monedas y una navaja—. No es mucho, pero alcanzará para una lata de agua y una inhalada de oxígeno.

Los casi cincuenta y cinco grados de temperatura dan la sensación de derretir el asfalto humeante. Por aquí y por allá se forman en el aire remolinos de bolsas de plástico. Los árboles muertos no dan sombra. Respirar es casi imposible, por ello los vendedores de oxígeno se han vuelto millonarios. Las personas que duermen en la calle, por lo regular ya no ven la luz de un nuevo amanecer.

Se despoja de la camisa empapada de sudor, se enjuga la cara y se enrosca la prenda en la cabeza.

—¿A dónde vas, Derek? —grita un viejo, desde la sombra de un encino artificial—. No debes caminar, el sol te va a fulminar.

—Voy a un surtidor de oxígeno.

—¿Me invitas un suspiro de vida?

—Sólo me alcanza para una calada.

—De todas maneras la deshidratación te va a matar de aquí a que llegues al primer dispensador. Será mejor que esperes a que anochezca.

—Recuerda que fui soldado y que tú eres débil.

—¡Vete al diablo, egoísta!

Derek arriba a una plaza e inserta un par de monedas a un dispensador de oxígeno. Una luz verde se enciende. Toma una mascarilla y la coloca en su rostro. Después da tres aspiradas profundas, se prende una luz roja, la cual indica que el tiempo terminó.

—¡Inserte más monedas y siga viviendo! —dice la máquina.

Da un puñetazo al punto exacto y el aparato escupe tres monedas.

—No he perdido el toque. —Sonríe y cacha las monedas.

Una hora más tarde, ingresa a la cantina Don Goyo mientras se arranca la piel quemada de la nuca.

—¡Buenos días, guapetón! —saluda una prostituta a Derek—. ¿Vas a querer?

—¿Quién piensa en el sexo en estos tiempos?

—¡Vamos, chulo! —insiste la mujer, mostrando sus dientes de madera—. No seas malito. Sólo te pido un sorbo de agua limpia.

—¡Déjame en paz!

—¡Vete a beber agua de los canales! —interviene Bud, el cantinero—. Nadie quiere tus servicios.

Juan, el sacaborrachos, sujeta a la prostituta con sus brazos mecánicos y la encamina a la calle.

—¡Dame una lata de agua! —pide Derek, mientras estrella una moneda en la barra.

La cantina es un lugar solitario. Los antiguos clientes fallecieron. Solamente se escucha el chillido de un extractor que intenta purificar el ambiente. Las ventanas y puertas permanecen abiertas de par en par, recibiendo bocanadas de aire caliente. Dos hombres en calzoncillos juegan en una máquina tragaperras, intentando ganar algo para comprar agua.

—¡Dame otra moneda! —contesta Bud—. El agua subió.

—¿Subiste el precio, mercenario?

—Así es el negocio. Tú sabes que el coste por traer agua es caro. Además, la purificadora de doña Hermelinda quebró y el proveedor que trae los garrafones llega hasta el lunes, y ese líquido no es de la mejor calidad.

Derek estampa otra moneda. El cantinero saca una lata de un baúl y la pone encima de la barra.

—¡Vamos a cerrar!

—Aún es temprano, Bud.

—Lo siento, se me acabaron las provisiones.

El exsoldado va a la puerta. Entretanto, Bud comienza a sellar las ventanas, mientras Juan trepa las sillas a las mesas.

—¡Adiós!

Bud y Juan miran de soslayo al cliente que se marcha. Derek, antes de poner un pie en la calle, abre la lata y da un trago.

—¡Putra madre! Está salada. Me vendiste agua pirata, Bud.

—Es lo que hay, amigo.

—¡Devuélveme el dinero!

Juan se interpone en el camino del exsoldado, impidiéndole llegar hasta el cantinero.

—¡Déjame pasar!

—Será mejor que te largues o...

Derek sorprende a Juan con una patada en la entrepierna.

—¡Ay!

Bud pretende escapar por una de las ventanas, pero Derek lo abraza por la espalda y le pone la navaja en la yugular.

—¡No me mates, por favor!

—¡Regrésame el dinero!

—¡Préstamelo! Tengo que pagar la renta, de lo contrario me sacan mañana mismo.

—De acuerdo, Bud. Sólo te pido un poco de agua.

Se escucha un estruendo. Una ráfaga de viento helado entra a la cantina. La silueta de un monstruo negro baila en el cielo.

—¿Qué ocurre? —pregunta, Derek, soltando a Bud.

Todos salen aprisa. Un rayo rasga el horizonte.

—¡Dios santo! —exclama la prostituta desde un charco—. ¡El apocalipsis!

El aguacero convierte las calles en ríos.

—¡Es un milagro! —suspira Juan, izando sus prótesis.

Los hombres en calzoncillos levantan la cara. El exsoldado y el cantinero abren la boca y tragan agua.

—¡Cae agua del cielo! —exclama la prostituta—. ¿Qué es esto?—



Chernóbil.
Iliana Olmedo,
Siglo XXI
Editores.
México, 2018.
176 pp.

► NOVELA Sobrevivir al pasado

Un hecho como el accidente de Chernóbil cambia el orden del mundo. Imaginemos por un momento esta lucha: medio millón de personas expuestas a las dosis letales de un enemigo invisible. Héroe que con sus vidas evitaron una explosión diez veces más poderosa que la de Hiroshima, que habría afectado a la mitad de Europa, dejándola inhabitable. “Liquidadores” de radioactividad: cien mil soldados, cuatrocientos mil civiles (entre obreros, ingenieros y enfermeras). Siete meses de trabajo para enterrar un reactor nuclear bajo un sarcófago,

una tumba de concreto y acero de dieciocho mil millones de dólares que marcó el inicio del fin de una era.

Hasta la fecha, Prípiat es una ciudad fantasma. Los sobrevivientes, unos doscientos mil, son víctimas del síndrome Chernóbil. En total, se habla de veinte mil muertos, mientras que las cifras oficiales reconocen solo cincuenta y nueve decesos relacionados con el accidente.

Chernóbil, primera novela de la cuentista Iliana Olmedo (Ciudad de México, 1975), está formada por noventa entradas de diario que se engarzan como piezas de un gran rompecabezas. Esta estructura narrativa, que permite la reconstrucción del pasado a partir de fragmentos dispersos, obedece a la intención de contar una saga familiar.

Apenas iniciar, nos enteramos de que la protagonista, la fotógrafa mexicana Daniela Arenas, sueña todas las noches a una mujer que grita sin parar. Al despertar, recibe una llamada que le avisa del suicidio de su hermana.

Los diarios, que documentan treinta años de tragedias (de 1986 a 2016), inician con la explosión del cuarto reactor nuclear de la planta de energía

de Chernóbil y concluyen con Daniela en el funeral de Paula, en la inhabitable casa materna.

A su manera, *Chernóbil* es una novela sobre la ausencia, sobre el alejamiento, sobre las infamias que cometemos y que recibimos en el ambiente familiar.

Al igual que muchos libros, *Chernóbil* incluye pasajes autobiográficos, pero siempre bajo el tamiz de la ficción.

Iliana Olmedo cuida con acierto el lenguaje de su narrador. La crudeza de lo escrito en los diarios, con prosa parca y sin adornos, recuerda algunas obras que eligen la monocromía y los tonos grises para enfatizar la violencia y el horror, como el *Guernica* de Picasso o la película *Lluvia Negra* de Shohei Imamura, cinta que aborda las consecuencias de la bomba atómica en Hiroshima a través de la vida de una sobreviviente irradiada.

El último tercio de la novela acelera el ritmo narrativo y se permite, con cierto lirismo, algunas reflexiones sobre la vida y los tóxicos legados familiares, “como si la herencia fuera una suerte de radiación”.

En *Chernóbil*, finalmente, la recapitulación de las memorias se vuelve una forma de sobrevivir al pasado, una forma de “liquidarlo”. ▽



AUTORES

Édgar Omar Avilés (Morelia, México, 1980). Autor de la novela *Efecto Vudú* y de cinco libros de cuentos: *No Respiramos: inflamamos fantasmas*; *Cabalgata en Duermevela* (Premio Nacional de Cuento Joven “Comala” 2011); *Luna Cinema* (Premio Nacional de Cuento de Bellas Artes San Luis Potosí 2008); *Embrujadero* (Premio Michoacán “Xavier Vargas Pardo” 2010); y *La Noche es Luz de un Sol Negro*, y del libro de ensayo *La VALÍSTica de la realidad: abordaje de lo real en la novela VALIS, de Philip K. Dick* (Premio Michoacán de Ensayo “María Zambrano” 2012). En 2014 obtuvo el Premio Nacional de Cuento de Fantasía y Ciencia Ficción.

Sergio Gaut vel Hartman (Buenos Aires, 1947). Escritor y editor argentino. Publicó, entre otros libros: *Cuerpos descartables* (1985), *El universo de la ciencia ficción* (2006), *Espejos en fuga* (2009), *Vuelos* (2011) *Avatares de un escarabajo pelotero* (2017), *Otro camino* (2017), *La quinta fase de la Luna* (2018) y *El juego del tiempo* (2018).

José Luis Díaz Marcos (Alicante, España, 1972). Es autor de las novelas *Botij-Oh!* y *Paraísos de magia y fuego*. Ha publicado en revistas como *Narrativas*, *El Club de la Fábula* y *El Ojo de Uk*, así como en la antología *La luz me hace daño*, de la editorial Donbuk.

Servando Clemens (Sonora, México, 1981). Ha publicado en revistas como *Palabrerías*, *Bitácora de Vuelos*, *El Submarino*, *La Piraña*, *La Náusea Lit*, *El Almacén*, *Historias Pulp*, *Fragmento* y *La Nébula*.

Alfredo Olmos Hernández (Pachuca, México). Autor de los libros *Sorteo* y *Tren*. Es colaborador de las revistas literarias *Fantastique*, *la Sirena Varada* y *Luna*.

Gonzalo Del Rosario (Trujillo, Perú, 1986). Escritor y docente de Literatura. Autor de *Cuentos pake-marse* (2008, 2016), *Losocialystones* (2010), *Mishky stories* (2011), *Ven ten mi muerte* (2012) y *Pave-pavas* (2019). Seleccionó la antología de narrativa peruana *Sobrevolando* (2014, 2017) y escribió en el híbrido cine-literario *Tv-out*.

Mario Humberto López Araiza Valencia (León, México, 1992) Ingeniero ambiental egresado de la UG. Es miembro de la iniciativa *Eco Líder*.

Silvia Alejandra Fernandez (Mar del Plata, Argentina). Escritora, artista plástica, cantante. Coordinadora del fanzine de *Espejo Humeante*. Editora en las revistas *Letras públicas* y *Senderos*. Publicaciones en editoriales Dunken y Taniel y en revistas y antologías digitales. Contacto: silviaalejandra_mdq@hotmail.com

Zacarías Zurita Sepúlveda (Chile, 1980). Profesor de Historia, Universidad de Playa Ancha. Escritor y melómano. Fundador de la revista latinoamericana de ciencia ficción *Espejo Humeante* y del fanzine *Letras Públicas*. #MicroCifi en @cifi140chile.

Felipe Huerta Hernández (Zacatlán, México). Sus textos han sido publicados en la antología *Historias de Las Historias* (Ediciones del Ermitaño, 2011).

Víctor Andrés Parra Avellaneda (Tepic, Nayarit, 1998). Ha publicado en revistas literarias digitales de Hispanoamérica, India y Francia. Actualmente es becario del PECDA Nayarit en la categoría Jóvenes Creadores.

Breigner Steiner Torres Jiménez (Táchira, 2002). Novel escritor venezolano. Ha participado en las revistas *ClarOscuro*, *Solsticio* y *Espejo Humeante*.

Rafael Tiburcio García (Villahermosa, México, 1981). Es autor de *Cuentos de bajo presupuesto* (Cecultah, 2014) y de la novela *Rabia|Ikari* (Cecultah, 2015). Es editor de la revista *Espejo Humeante*. Premio de Cuento Ricardo Garibay 2014. Mención especial en el Premio de Narrativa Colima para Obra Publicada 2016. Ganador del Concurso Nacional de Literatura ISSSTE 2018. Redes @juancorvus.

CONVOCATORIA CIUDADES 2019

La revista *Espejo Humeante*

INVITA

a participar en su quinto número mediante las siguientes:

BASES

1. Podrán participar autores iberoamericanos presentando un trabajo original de ciencia ficción cuyo tema sea: CIENCIA FICCIÓN EN CIUDADES DE HABLA HISPANA.

2. Los participantes podrán enviar un único cuento escrito en español del tema CIUDADES en sus distintas variantes: futurismo iberoamericano, ciencia ficción urbana y social y, en general, relatos que aborden la ficción especulativa desde problemáticas y perspectivas latinoamericanas y/o de habla hispana.

3. El cuento deberá enviarse en un archivo de Word con las siguientes características: hoja tamaño carta, letra Times New Roman a 12 puntos, interlineado a 1.5, entre 750 y 1000 palabras, firmados con nombre o seudónimo.

4. Los cuentos se enviarán al correo electrónico espejohumeanterevista@gmail.com con el asunto: "convocatoria ciudades". El autor deberá incluir una breve semblanza curricular no mayor a 50 palabras. Los trabajos se recibirán hasta el 15 de noviembre de 2019.

5. El jurado estará compuesto por los miembros del consejo editorial de *Espejo Humeante*, quienes seleccionarán un máximo de 10 textos que aparecerán en el número, considerando formato solicitado, ortografía, redacción, coherencia, originalidad, desarrollo y verosimilitud de las propuestas.

El consejo editorial no estará obligado a dar razón del rechazo de ningún texto y su fallo será inapelable.

6. Los textos seleccionados serán dados a conocer en las redes sociales de la revista el día: 20 de diciembre de 2019.

7. Los autores seleccionados aceptan que el material de su autoría sea evaluado y sometido a las correcciones pertinentes de estilo, forma y fondo, en caso de que el comité editorial lo considere necesario, con la finalidad de garantizar la unidad de estilo y de contenidos de la publicación. No participar en las revisiones será motivo de descalificación.

8. Los textos aparecerán en el quinto número de *Espejo Humeante*, proyectado para febrero de 2020.

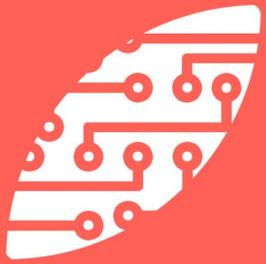
9. Sobre los derechos de autor: los autores publicados conservan todos los derechos sobre sus obras y pueden reproducirlas en otras publicaciones. Asimismo, son responsables de las opiniones que expresen. La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual o industrial correspondientes a los contenidos aportados por quienes envíen material para su publicación, recae exclusivamente en quienes los envían, y de ninguna manera sobre la revista o el consejo de redacción.

10. El consejo editorial está facultado para descalificar cualquier trabajo que no cumpla con los requisitos de esta convocatoria y para resolver cualquier caso no previsto en la misma. La participación implica la aceptación de todas las bases.

Contacto:

espejohumeanterevista@gmail.com

Facebook y Twitter: @EspejoHumeanteR



ESPEJO HUMEANTE

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN. AÑO 2. NÚMERO 4, OCTUBRE, 2019.

